



IMAGEN GENERADA CON DEEPAL.ORG

DOS CON UN SOLO BOLETO

RAÚL SERRANO

i. LAS ÚLTIMAS VÍRGENES

*Nombro las cosas como si temiera
perderlas.*

Marcelo Báez Meza, Puerto sin rostros.

ME LLAMO Tarquino y el hecho es que soy uno de los pocos, por no decir el único de los fieles al viejo cine de la ciudad llamado “Hollywood” que durante estos últimos años y en vista de la crisis en la que entraron las salas, se dedicó a proyectar solo películas “tres equis”, o sea de las que cuando uno era niño los mayores le prohibían ver. Este lugar se convirtió en el mejor rincón de la ciudad cuando a mi tercera mujer se la llevó una falla al corazón. Desde entonces, con los hijos haciendo su vida como mejor les da la gana en España o en Italia, me dediqué a buscar esos rincones de la ciudad que una vez conocí en mi infancia, y de los que ya casi no queda mucho, salvo el cine “Hollywood” (espero nunca lo derrumben, desaparezca o termine convertido en una iglesia) al que entré por pura y mera casualidad después de haberme tomado un café en “El Madrilón”,

otro de los rincones amables que le quedaban a esta urbe. No sé si me llamó la atención el cartel de propaganda de una película cuyo título aún recuerdo: “Las últimas vírgenes”. Supuse que se trataba de una historia interesante, así que entré y lo que descubrí adentro fue como para quedarse mudo: una cosa era lo que sucedía en la pantalla (como en las películas de la picante Isabel Sarli) y otra la que hacían las parejas que se encontraban diseminadas por todos lados. Me gustó escuchar esos lamentos tejiendo en el aire oscuro lo que de pronto era parte de los más locos y desenfrenados de sus sueños, que como los míos son secretos. Sí, cómo se quejaban los hombres y las mujeres siempre sacando esa música que de a poco empezaba a recordarme las viejas batallas que tuve con aquellas mujeres con las que compartí gran parte de mi vida, incluyendo a las que a veces llegaban por obra y gracia del puro milagro. Sí, estar dentro de esa pecera de sombras era como viajar a otra dimensión, a una que de tanto haberla visto durante años, nunca supuse que existiría en medio de esta ciudad que a pesar de que ya no es la de mi infancia, ahora es la de este tiempo y de tantos fantasmas y fantoches; dudo que alguna vez haya existido un reino como este en el que cuando voy por una película es como si entrara al paraíso de unos sueños que espero (yo y todos aquellos que, hacer cola para entrar, ya ni se cubren el rostro con el diario de la tarde porque en algún lado lo olvidaron o se lo arrebataron) nunca me vengan a decir, como mi padre con ese tono de comisario, que son pecado. Espero que no, sobre todo desde que hace algún tiempo, y gracias a una mujer que en cada película se cambia de nombre como de pelucas y rostro, dejé de ser un mero espectador para convertirme en ese actor del que ella espera que nunca la llegue a defraudar.

(Quito, agosto/2022)

ii. ESTRENO

QUERÍA contarle porqué decidí acabar con Mauro. Sucede que durante algunos años fui quien vio por él. Desde plancharle las camisas hasta prepararle el desayuno, puntual. Siempre pensé que eso a él lo tenía muy contento, además

de que por las noches yo hacía, a pesar de que al comienzo creía que era pecado, todo lo que me pedía. Había momentos, o mejor dicho en la cama yo sólo tenía que cumplir porque de lo contrario él se ponía muy mal, le entraban unas rabias que me hacían sentir pésimo, tanto que temía que un día terminara yéndose con otra, o que simplemente se consiguiera una con la que haría todo lo que yo le negaba. Por eso accedí a complacerlo en lo que eran sus caprichos o fantasías. Claro que primero pedía perdón al cielo porque eso que hacíamos eran cochinas que no estaban nada bien. Pero sucede que una tarde Mauro llegó con un aparato de DVD que le habían vendido de oportunidad y un montón de películas, dijo muy eufórico, que muchas cosas cambiarían entre nosotros, muchas. Así que todas las noches ponía esas benditas películas y me pedía que hiciéramos lo que ahí hacían esas parejas con tanto ruido y lamentos que me parecían exagerados. Al comienzo me esforzaba, trataba de que todo fuera natural. Mauro dijo que compraría unas pastillas (le habían sugerido que eran efectivas) para poder estar listo, bien afilado, según él, todas las noches. Pero sucede que la suya fue una promesa incumplida. Conforme veíamos más y más películas, yo empecé a darme cuenta de que ya no me importaba si era pecado o cochinada lo que hacíamos, y que Mauro no cumplía como al comienzo, por eso decidí que la única manera de no desmayar era consiguiendo quien completara lo que él, no sé si por los años o porque de pronto le dio por aburrirse, dejaba a medias o simplemente no llegaba a concluir. Claro que quien le ha tomado la posta desde hace algún tiempo (no me puedo quejar) es Fulton, que no deja de decirme (lo cual me alegra mucho) cada vez que estamos en pleno combate y repitiendo lo que sucede en una nueva película, que si algo tiene que agradecerle a su hermano mayor es nunca haberse divorciado de una verdadera actriz como yo.

(Quito/junio/2022)